

Un cambio de sonrisas malignas y algunos guiños entre María y sus hermanos, daban á entender que había allí un pequeño complot; pero el padre no se apercibió de ello.

Las prendas salían poco á poco, y de repente el hermano de María, teniendo oculto entre sus manos el reloj de su padre, hizo una señal á su hermana, que dijo en alta voz:

—La prenda que va á salir no podrá ser rescatada hasta que el que la haya dado se comprometa á ir á Misa los domingos durante un mes. ¿Conformes?..

—Sí... Sí...

Salió el reloj... Repetidos aplausos...

—Está bien; me comprometo,—dijo el padre un poco desconcertado y tomando su reloj.

Cumplió su palabra, asistió los domingos á Misa durante un mes, y luego, ganado por su hija, siguió cumpliendo sus deberes de cristiano.

XLVII

Jesús me espera.

¿No es verdad que si se os dijese: *Jesús os espera en tal lugar*, lo dejaríais todo, y contenta, solícita y confiada correríais?

¿No es verdad que dejar tal ocupación que os agrada, renunciar á tal proyecto que os preocupa, sería para vos una dicha?

Pues bien, alma fiel: *Jesús os espera todas las mañanas en la iglesia; viene al altar, y no solamente os espera sino que os llama.*

¿Y permaneceréis indolentes? ¿Y no alteraréis un poco vuestra marcha para asistir á la santa Misa?

XLVIII

Mis veladas.

Tienen no se qué de suave, bueno y tranquilo, que apacigua y que serena.

¿Queréis que os diga lo que pasa todas las

noches en mi celdita, y cómo, en la hora en que en el exterior se extingue toda clase de ruido, la vida viene dulcemente á arrojar allí su claridad, su alegría, su animación? Lo que me sucede puede suceder á vosotros; el contento va á dondequiera que se le prepare un nido.

Mi cuarto es pequeño, pero está poblado de buenos y hermosos libros. Con ellos transcurren mis veladas.

Está lleno de esos objetos que el corazón llama recuerdos, y que todos, á medida que se les mira, hacen nacer una sonrisa, producen la alegría, hinchen el corazón y siempre elevan el pensamiento y lo aquietan.

Jamás hay *noche* en mi cuarto, y el alma se encuentra allí siempre en una atmósfera luminosa, que irradia, visible solamente para el alma, de un crucifijo y de una risueña imagen de la Santísima Virgen. Hay allí un foco permanente de luz y de paz.

Los extraños que vienen á mi cuarto hablan en voz baja, como se habla en un santuario; se sienten repentinamente impresio-

nados, como sucede en la primavera con el perfume del aire, y casi á su pesar se sienten apaciguados, amables y contentos.

Hay en la puerta una pilita de agua bendita... Algunos quizá se sonreirán; que se sonrían.

—

He aquí el lugar en donde se pasan mis veladas.

Y no las juzguéis siempre piadosas en el sentido de que estén ocupadas enteramente por la oración; la oración las comienza y las acaba, pero no las llena sino indirectamente.

Mis veladas son sobre todo literarias.

Aprended cómo he procurado endulzar esas horas que preceden al sueño, y que tranquilizan tanto después de un día muchas veces tempestuoso.

Un día, hace mucho tiempo, cayó en mis manos un artículo de periódico, y en el leí la página que voy á reproducir lo mejor que pueda:

«Es de noche; las visitas, los negocios, las

hipocresías me han descorazonado... ¡Oh! ¿Será posible que jamás tenga una hora de paz, de sinceridad y de amistad?... Y he aquí que una idea me ilumina, y en mi imaginación transformada repentinamente, escribo tarjetas de invitación de esta manera formuladas: «M. A. os suplica que tengáis la bondad de pasar en su casa algunas horas de esta velada.»

Y, siempre en mi imaginación, dirijo estas cartas á alguno de los autores cuyas obras adornan mi biblioteca, los que me parece que en esa noche corresponden mejor á las disposiciones de mi espíritu.

Son las diez: las ventanas de mi cuartito, que dan al jardín, dejan subir el perfume de la madre selva, se oye el ruido de un arroyuelo que serpentea bajo la hierba y va á caer en la fuente donde los nenúfares extienden sus anchas hojas, y después este murmullo es el único ruido.

Voy á recibir á mis invitados, que llevo en mis brazos, y me coloco en una mesa, cerca de la ventana.

Dos bujías nos iluminan; comienza nuestra velada.

Yo, hojeando, pregunto. Ellos respondiendo con gracia, bondad y complacencia á toda prueba.

Yo pasando de uno á otro, criticando, admirando. Ellos, siempre los mismos: sin hiel, sin amargura. ¡Oh, qué agradable salón es el que acabo de abrir!»

-36-

Este es el salón que abro casi todas las noches.

Algunas veces es una confidencia deliciosa con un solo autor, con el preferido, preguntándole, contradiciéndole, aplaudiéndole... El se deja ver en todos sus pormenores, aun los más íntimos; me dice todo lo que sabe, siembra en mi inteligencia multitud de pensamientos que no me abandonan, que germinan y producen inspiraciones para la conducta del siguiente día.

Algunas veces es toda una sociedad á la que llamo: *poetas, prosistas, músicos*, que

se deslizan ante mí en su forma graciosa de volúmenes ilustrados, de revistas, de páginas de ancha margen, y en esa velada se habla de todo; y de esa deliciosa miscelánea crítica y literaria, de poesía antigua ó nueva, resulta un conjunto de paz, de alegría y un sueño más reparador.

Hay veladas puramente *recreativas*, chispeantes de ingenio, de hermosas frases, de anécdotas contadas con agudeza. Me siento renacer.

Hay veladas nada más que de *descanso*. ¡Oh, con qué frecuencia llamo á los libros que producen el reposo! Se les hojea reposadamente, se les lee con pausa, se deja uno mecer por sus buenas palabras, que evocan ante nuestro corazón eternecido los recuerdos de la familia amada, de los amigos que ya no existen, de las alegrías tan santas de una abnegación ó de un sacrificio realizado.

Hay veladas de *ostentación*, veladas pomposas. Cuando por casualidad se encuentra uno con el espíritu dispuesto á la burla, á la

sátira, llámase á los poetas excéntricos ó á los prosistas estirados, que pasan delante de vosotros como títeres por el escenario. ¡Y cuán de buen grado se les mira con ayuda de la frase mordaz de Luis Veuillot!

Hay *veladas piadosas*. Por lo demás, es raro que yo no invite á uno de esos autores que se han acercado á Dios para escribir, y mire, para que me deje un último adiós del día, un pensamiento que me acerque á Dios.

He aquí lo que me decía ayer Luis Veuillot al separarse de mí:

« Confíesote que desde que soy cristiano no sé lo que es temer un acontecimiento cualquiera, con tal que no tenga grandes pecados en la conciencia. Yo no me libraré de sentir, en algunas circunstancias extraordinarias y peligrosas, cierta inquietud natural á toda criatura; pero esta misma inquietud no resistirá á dos minutos de reflexión.

» El Dios á quien adoro y que me protege, reina lo mismo sobre el mar que sobre la tierra, en los campos de batalla lo mismo que

en nuestras calles y casas. Puede siempre dejarnos la vida ó quitárnosla; es siempre y en todas partes omnipotente; la muerte no es de temerse más en un lugar que en otro; si es inevitable, no lo es sino en virtud de las leyes que Él ha establecido, y no hiere sin expresa voluntad de su Señor. Basta pensar en la fragilidad de la existencia para adquirir la certidumbre de que no me la ha conservado hasta el momento presente sino gracias á una sucesión de milagros que pueden durar todavía largo tiempo.»

¡Qué bien se duerme después de una de estas veladas!



Escuchad lo que un obispo, fino y delicado literato, Mr. Landriot, decía de estas veladas íntimas:

«¡Qué agradable es, al amor de la lumbre, leer una obra interesante que hable de Dios, del alma, de los deberes, de la vida! Se olvida fácilmente á los humanos; ¡los contactos con ellos son tan difíciles, y á menudo tan peno-

sos! *Cuando los vivos me enfadan*, —decía el cardenal de Cheverus, — *converso con los muertos*.

» Bienhadados muertos, que habéis dejado vuestro soplo en los libros: valéis por lo común más que los autores de carne y hueso. Ya habéis perdido vuestros tropiezos y asperezas, y no queda de vosotros otra cosa que el más encantador ingenio, graciosamente impregnado de dulce gravedad. Sois como ese licor que, después de haberse desprendido de todo lo que tenía de duro y grosero en los residuos de la viña, toma una forma substancial que casi sin la materia da el espíritu.

» Bienhadados muertos, ¡cuánto me agrada conversar con vosotros!

XLIX

La habitación de un enfermo.

Se penetra siempre con cierta emoción y profundo respeto en el cuarto de un enfermo.

Un enfermo no es un ser como los demás:

está en cierto modo divinizado. Su enfermedad le ha rodeado de una especie de aureola celestial, y algunos santos han visto alrededor del lecho de los enfermos rayos semejantes á los que los pintores hacen salir del pe-sebre donde reposa Jesús.



Bajo el punto de vista puramente humano, el aposento de un enfermo no es una pieza como las demás.

Apenas hay en él una media luz que no permite distinguir las riquísimas colgaduras, ni los costosos cuadros, ni los muebles elegantes. No se percibe, en medio de esta luz tan vaga, sino un lecho rodeado de cortinas, destacándose por su blancura en medio de sombras flotantes, y cerca del lecho, sobre una mesa algo recargada, una *lamparilla* que de noche no irradia sino una leve y pálida claridad; no ilumina, únicamente muestra las tinieblas.

Y en este día extinguido hay un silencio profundo que penetra hasta el alma, corta

toda palabra en los labios y paraliza casi todos los movimientos. No se anda en tal habitación; lo que se hace es deslizarse; no se habla, se expiran las palabras, que más se adivinan que se comprenden. El reloj está parado, y sólo los gemidos que salen del lecho indican que allí hay una criatura viva.

Cualesquiera que sean las creencias, es imposible no sentirse profundamente impresionado.



Desde el punto de vista divino, el cuarto de un enfermo se convierte en un santuario, y lo es con tanta verdad que se podría escribir en la puerta como en la de los hospitales de Francia: «*Hôtel Dieu*: morada de Dios.»

Allí Dios realiza materialmente, por decirlo así, su más admirable obra de misericordia: la purificación, la santificación, la perfección de un alma.

Allí Dios acaba por agotar, en cierto modo, los tesoros de su bondad.

Trata este Dios que ama á las almas, ó de

volver una al deber, ó de hacerla llegar al grado de perfección que pide de ella, ó quizá de hacer de ella, como de su hijo Jesús, una víctima de expiación.

Pues bien: para llegar á este fin, la enfermedad es el agente más fuerte y más activo; la enfermedad es, según el pensamiento de un santo, *el complemento de los actos de amor de Dios.*

I.—EL ALMA CULPABLE

Dios, para ganársela, se ha servido de su palabra, de sus Sacramentos, de sus inspiraciones. Ha ensayado el poder de sus promesas, de sus amenazas, de su ejemplo; pero ahora viene á probar el último esfuerzo, los dolores, las angustias, las humillaciones de la enfermedad.

Y allí tenéis á aquella pobre obstinada tendida en un lecho. Posición brillante, fresca de la juventud, tesoros del entendimiento, alegrías de la familia, afección sentida; Dios la ha despojado momentáneamente de

todo ello, la ha arrojado allí sin fuerzas á merced de los demás, y ha dicho á la enfermedad: «Haz de ella una santa.»

Y con la enfermedad, es decir, con los sufrimientos del cuerpo, han venido el tedio, el temor, algunas veces los terrores para el *alma*, la turbación para el *espíritu*, la excesiva susceptibilidad para el *corazón*.

¡Oh, vosotros los que estáis en este aposento, donde se muestra tan paternal la bondad de Dios en lo que el mundo llama sus rigores, descubríos: Dios está aquí; descubríos y orad!

II.—EL ALMA JUSTA PERO TIBIA EN SUS DEBERES, HUMANA EN SUS AFECTOS, CORTA EN SUS SACRIFICIOS.

Para esta alma que Dios ha entregado á la enfermedad, su habitación es como una sala de operaciones, que en los hospitales está reservada á los médicos para el trabajo de reparación de los cuerpos.

Allí Dios opera; y lo que en nuestro len-

guaje humano llamamos enfermedad, se llama remedio en el divino.

Es un remedio ese hierro candente ó ese cáustico aplicado á una llaga purulenta y destinado á desecarla.

Un remedio esa ligadura que tiene inmóvil durante meses enteros el miembro dislocado ó fracturado.

Un remedio la amputación de esa parte del cuerpo de que se ha apoderado la gangrena, y que es preciso cortar so pena de la vida.

Un remedio esa privación de alimentos, que causa tanto sufrimiento.

¡Oh! Los que estáis allí, en ese lecho, bajo la mano de Dios, que opera: vosotros solos sabéis á qué relajación, á qué debilidad de vuestra alma corresponde el dolor que atormenta tal ó cual parte de vuestro cuerpo.

Y vosotros los que entráis en el cuarto de este enfermo, ¡ah! ¡si pudieseis, como vuestro Angel de la Guarda, ser testigos de esa operación de la enfermedad bajo la dirección de

Dios, cómo vendriais todos los días á admirar la bondad, la misericordia, el poder divino!—¡Si pudieseis ver la delicadeza con que Dios no permite á la enfermedad si no lo que es necesario, y viene Él mismo, con la solitud de una madre, la ternura de un niño, la abnegación de un amigo, á sostener con sus divinas manos esa cabeza que se inclina, y esos miembros doloridos!

III.—EL ALMA PURA

Para ella, su aposento es con toda propiedad el santuario de Dios; el lecho es un altar; sobre este altar el enfermo es una hostia, y Dios es el sacerdote que la prepara, la ofrece y la inmola. Es un nuevo Calvario.

¡Oh pobre, pero bienaventurado enfermo! ¡Si supieses lo que vales, y si lo supiesen cuantos te rodean!

Tú eres la expiación, primero para ti, y después para la familia ó la casa que te abriga.

Eres la protección de los débiles, y atraes sobre ellos la fortaleza de Dios.

Eres la salud de los culpables, y á causa de ti las gracias vendrán sobre ellos con más abundancia.

Eres la preservación, y en tanto que estés allí sufriendo con resignación, el castigo de Dios no estallará.

¡Oh! Vosotros los que entráis en ese aposento, ¡oh, sí! descubríos: estáis en un santuario, estáis cerca de un altar, estáis cerca de una víctima, ¡pedidle que ruegue por vosotros!



ARENITAS DE ORO

(OCTAVA SERIE.—AÑO 1889, 1890 Y 1891.)